

TEMAS DE MALTRATO INFANTIL

Programa Familias del Nuevo Siglo



FAMILIAS
del NUEVO
SIGLO

s e p t i e m b r e 1 9 9 7

DIRECTORA

Irene Intebi

SECRETARIA DE REDACCION

Alicia Ganduglia

COLABORADORES EN ESTE NUMERO

Irene Intebi

Alicia Ganduglia

Juan Pablo Viar

Laura, Ana, Jessie

(Familiares y víctimas de abuso sexual)

PRODUCCION EDITORIAL

Estudio de Diseño

CAIRO & CATALANO

Marcos Paz 2911

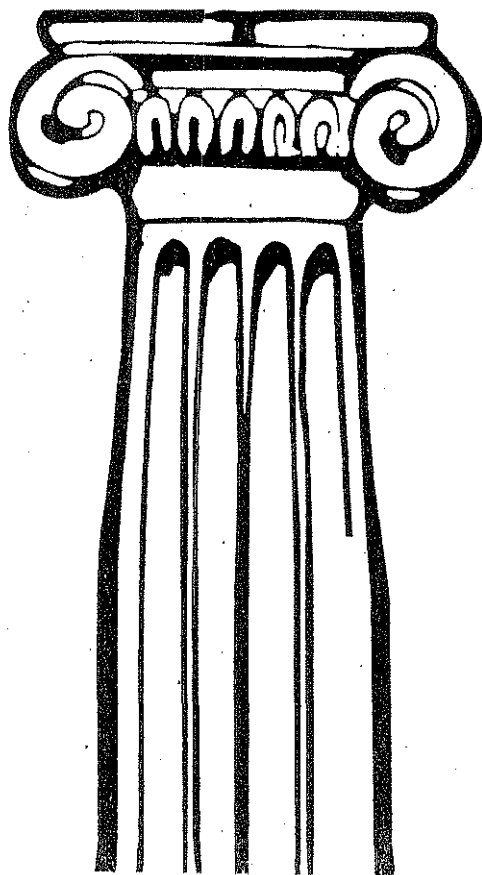
Cap. Federal C.P.: 1417

Tel./fax/módem: (54-1) 566-1220

IMPRESION

Gráfica Sur Editora S.R.L.

Año 1 / Número 1 / Septiembre de 1997

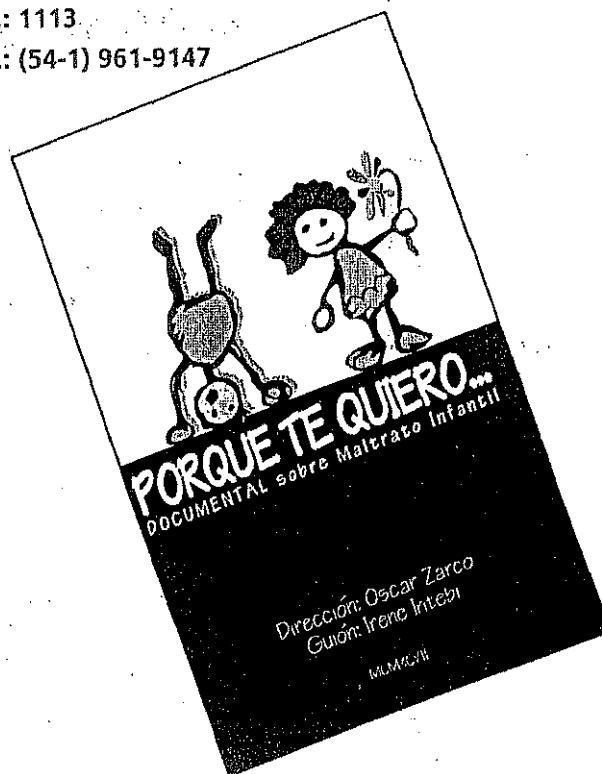


Para adquirir el video "PORQUE TE QUIERO..."
solicitar información a:

Junín 969 9ºA - Capital Federal - Argentina

C.P.: 1113

Tel.: (54-1) 961-9147



La presente es una publicación trimestral distribuida por suscripción.

El valor de la suscripción por cuatro (4) números es de \$20.

Se debe enviar por correo los datos completos de la persona o institución que desee suscribirse, dirección y código postal, acompañando un cheque o giro postal a nombre de Irene Intebi. Las solicitudes de suscripción y correspondencia deberán ser remitidas a:

Junín 969 9ºA - Capital Federal - Argentina

C.P.: 1113

Tel.: (54-1) 961-9147

Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Redacción de la revista; Junín 969 9ºA Capital Federal Argentina C.P.: 1113

Registro Nacional del Derecho de Autor en trámite.

SÍNDROME DE ACOMODACIÓN AL ABUSO SEXUAL INFANTIL

DESCRITO POR EL DR. ROLAND C. SUMMIT*

Pág. 7

Cuando a comienzos de 1997 comencé a traducir el texto "El síndrome de acomodación al abuso sexual infantil" de Roland C. Summit para utilizarlo en uno de los seminarios de capacitación que iba a dictar, me sorprendió cuán vigentes resultaban en nuestra realidad actual, los conceptos vertidos por este psiquiatra de niños en los EEUU casi quince años atrás.

El artículo fue publicado en el *Journal of Child Abuse and Neglect*, en el volumen 7 del año 1983, en las páginas 177-193. Recomendando a los lectores interesados, la lectura del artículo completo ya que el presente es tan sólo un resumen de los puntos más interesantes. Summit afirma que las conductas que utilizan los niños al adaptarse a la victimización sexual crónica, "contradicen las creencias y las expectativas fuertemente sostenidas por los adultos, lo que lleva a la estigmatización de las víctimas a quienes los padres, los tribunales y los profesionales suelen acusar de mentirosas, manipuladoras o fantasiosas.

Este abandono por parte de los adultos que más deberían ocuparse de la protección y recuperación de estos niños, hace que las víctimas se hundan aún más en la autoculpabilización, el odio a sí mismas, la alienación y la revictimización. Por el contrario, la defensa del niño por parte de un profesional empático dentro de un encuadre terapéutico amplio, le aporta al niño una credibilidad y un resguardo que son de vital importancia.

Cuando se evalúan las respuestas de los niños normales a los ataques sexuales se comprueba que las definiciones consensuadas de lo que es el comportamiento "normal" de las víctimas son inadecuadas y acomodaticias, y son utilizadas por los adultos como prejuicios para aislarse del sufrimiento de los niños. Dentro de este clima prejuicioso, la secuencia de opciones disponibles para la víctima, sólo consiguen alejarlo de la posibilidad de ser creído y aceptado por aquellos que lo rodean. Con gran ironía, el hecho de que los niños suelen elegir inevitablemente las opciones 'equivocadas', refuerza y perpetúa los prejuicios adultos."

En los primeros párrafos de su trabajo comenta su experiencia personal frente a la detección de abusos sexuales en la infancia:

Cualesquiera sean los méritos de los diferentes puntos de vista, debe quedar claro que todos los niños involucrados en relaciones sexualizadas con adultos, estarán expuestos a respuestas inciertas y altamente variables por parte de todos los recursos personales o profesionales que deberían brindar ayuda.

El enorme interés suscitado en relación a este tema, ha generado nuevas incertidumbres para las víctimas ya que aumentan las posibilidades de detección pero fracasan las medidas necesarias para evitar la revictimización a manos de un sistema de intervención impreciso. El niño victimizado se topa con un mundo adulto que reconoce un concepto abstracto de abuso sexual infantil pero que desafía y reprime al menor que presenta una denuncia concreta de haber padecido tales hechos. Las creencias adultas están dominadas por una 'mitología' intrincada y autoprotectora disfrazada como sentido común. 'Se sabe' que los adultos deben protegerse de las acusaciones infundadas de jóvenes seductoras o vengativas. Siempre surgen imágenes de núbiles adolescentes jugando peligrosos juegos que expresan su efervescente fascinación sexual. Lo que no todos saben, y quizás no quieran saber, es que la gran mayoría de las acusaciones investigadas han demostrado ser fundadas y que la mayoría de los niños tienen menos de ocho años al momento de iniciación de los acercamientos."

Hace referencia también a cuáles son los efectos del descreimiento y de cuál debería ser el rol de los profesionales de la salud mental intervinientes:

"La aceptación y la validación constituyen aspectos cruciales para la supervivencia psicológica de las víctimas. Un niño abusado por su padre, o por cualquier varón adulto que desempeñe esa función, y rechazado por la madre, está huérfano psicológicamente y prácticamente indefenso ante las múltiples consecuencias dañinas. Por otro lado, una madre que puede defender a su hija y protegerla de nuevas situaciones abusivas, parece conferirle a esa niña poder para autosostenerse y recobrar con mínimas secuelas.(...)

Los profesionales del campo de la salud mental desempeñan una función central en la crisis de develamiento. Como los hechos que describen los niños parecen increíbles, los cuidadores escépticos solicitan

* Selección de textos por la Dra. Irene Intebi



asesoramiento. En el actual estado de cosas, es bastante frecuente que, en la evaluación clínica, se rotule y se estigmatice al niño victimizado como malicioso o confundido. Es bastante habitual que una de las evaluaciones apoye las denuncias de la víctima y determine que es apropiado iniciar acciones legales, mientras la evaluación de la otra parte certifica la normalidad del acusado y convence al juez o al jurado de que el niño mintió. En un delito en donde, por lo general, no existen testigos y donde no suelen haber pruebas físicas, tanto el veredicto como la validación de la percepción de la realidad por parte del niño, la aceptación por el adulto protector y aún la supervivencia emocional del menor dependen de los conocimientos y la pericia de los profesionales. Todos aquéllos que se desempeñan en el terreno clínico deberían estar capacitados para comprender y articular la posición del niño en el desequilibrio de credibilidad predominante en su relación con los adultos. Si el profesional no tiene en cuenta la realidad de estos niños, tenderá a reflejar la 'mitología' tradicional y a atribuir legitimidad científica a la continuada estigmatización de la víctima.

El estudio de numerosos niños y de sus padres en casos comprobados de abuso sexual, señala importantes contradicciones a los puntos de vista tradicionales. Surgen estilos de comportamiento típicos o sistemas de variables interdependientes que permiten la supervivencia del niño dentro del grupo familiar en el corto plazo pero que tienden a aislar a las víctimas de la eventual aceptación, credibilidad o empatía dentro de la sociedad en general.(...)

Si los profesionales no comprenden el síndrome de acomodación, tienden a reforzar las creencias reconfortantes que afirman que raramente los niños son víctimas de acercamientos sexuales unilaterales y que la mayoría de las pocas denuncias que aparecen, deben ser desechadas por tratarse de fantasías, confusiones o desplazamientos de los propios deseos infantiles de poder y de conquistas seductoras.

Es esencial que los profesionales intervinientes conozcan el síndrome de acomodación para poder brindar explicaciones no perjudiciales a los comportamientos de ocultamiento y de autoestigmatización de las víctimas".

El síndrome de acomodación al abuso sexual infantil (SAASI)

Summit denomina de esta manera a los comportamientos típicos que permiten que una niña o una niña puedan sobrellevar situaciones de victimización reiteradas sin que se observen trastornos llamativos en la adaptación social o en el rendimiento escolar. Es decir que se trata de un conjunto de conductas que, de estar presente, constituyen indicadores psicológicos altamente relacionados con las vivencias abusivas.

Dice Summit: "Este síndrome está compuesto por cinco categorías, dos de las cuales definen la vulnerabilidad básica de los niños mientras las otras tres son secuelas contingentes del ataque sexual. Es-

tas categorías son:

- 1) el secreto;
- 2) la desprotección;
- 3) el atrapamiento y la adaptación;
- 4) el develamiento tardío y poco convincente; y
- 5) la retractación.

El síndrome está compuesto por cinco categorías, dos de las cuales representan precondiciones para que el abuso sexual ocurra. Las tres categorías restantes son contingencias secuenciales de gran variabilidad y complejidad. Estas categorías reflejan no sólo la realidad que se impone sobre las víctimas sino que representan también francas contradicciones a las suposiciones más comunes de la mentalidad adulta."

1. El secreto

Summit lo describe de esta manera: "La iniciación, la intimidación, la estigmatización, el aislamiento, la desprotección y la culpa dependen de una de las características aterradoras del abuso sexual infantil: ocurre solamente cuando el niño se encuentra a solas con el ofensor y jamás es compartido con nadie.

Ningún niño está preparado para la posibilidad de tener un acercamiento sexual con un adulto de su confianza.

Tal posibilidad es un secreto muy bien guardado incluso entre adultos. Por lo tanto, el niño queda a merced de la persona intrusiva para asignar cualquier valor de realidad a la experiencia. En medio de todas las explicaciones inadecuadas, ilógicas, destinadas a autojustificarse o a autoprotegerse que brinda el adulto, la única impresión consistente y significativa que percibe la niña es de que se trata de algo peligroso y temible en función del secreto que rodea al contacto.

"Este es nuestro secreto, nadie lo entenderá." "No le cuentes a nadie." "Nadie te va a creer." "No le cuentes a tu madre; (a) ella te va a odiar; (b) ella me va a odiar; (c) ella te va a matar; (d) ella me va a matar; (e) ella se va a morir; (f) ella te va a echar de casa; (g) ella me va a echar de casa; o (h) la familia se va a destruir y vas a terminar en un Instituto." "Si le contas a alguien (a) no te voy a querer más; (b) te voy a pegar; (c) voy a matar a tu perro o (d) te voy a matar."

Más allá de la suavidad o de lo amenazante que suenen las intimidaciones, el secreto le demuestra a la niña que algo malo y peligroso está sucediendo. El secreto es al mismo tiempo la causa del miedo y la promesa de salvación: Todo va a estar bien si no le contas a nadie. (...)

Habitualmente una niña normal nunca pregunta ni cuenta. Contradiendo la suposición generalizada de que tenderá a buscar ayuda, la mayoría de las víctimas reconocen en estudios retrospectivos que no lo han contado a nadie durante la infancia. Afirman haber temido que se los culpara por lo sucedido o que el adulto no abusivo no fuera lo suficientemente protector como para impedir la venganza

del ofensor. Muchas de las personas que habían pedido ayuda, manifestaron que sus padres se volvieron histéricos, las castigaron o fingieron que no había pasado nada. (...)

Si la niña no consigue cierto permiso y cierto poder para compartir el secreto y si no existe la posibilidad de una respuesta comprometida y no punitiva, puede pasar toda su vida en un exilio autoimpuesto de la intimidad, de la confianza y de la propia valorización.

2. La desprotección

Según el autor: "La expectativa de los adultos de que la niña se proteja a sí misma y revele el abuso de inmediato ignora la subordinación básica y la desprotección en que se encuentran los niños dentro de vínculos autoritarios. A los niños se les enseña a evitar los contactos con extraños, pero se les inculca que deben ser obedientes y cariñosos con cualquier adulto que se encargue de sus cuidados. Los desconocidos, la gente 'rara', los secuestradores y otros monstruos constituyen coberturas convenientes tanto para los niños como para los padres que enmascaran un riesgo mucho más temible e inmediato: la traición que ocurre en una relación de vital importancia, el abandono por parte de cuidadores de confianza y la destrucción de la seguridad familiar básica.

Los resultados de las investigaciones llevadas a cabo hasta ahora coinciden en ciertos datos estadísticos poco tranquilizadores: es tres veces más probable que un niño sea molestado sexualmente por un adulto conocido y de confianza que por un desconocido.(...)

Uno de los corolarios de la expectativa de que la niña se proteja a sí misma es la presunción general de que si la víctima no se queja, en realidad está consintiendo la relación. Esta suposición resulta altamente dudosa y se incluyen las 'míticas' situaciones de las adolescentes seductoras. Aún cuando las adolescentes pudieran ser sexualmente atractivas, seductoras o deliberadamente provocativas, debe quedar claro que los niños no tienen el mismo poder para negarse a los pedidos de una figura parental o para prevenir las consecuencias de acercamientos sexuales con adultos responsables de sus cuidados. La ética más elemental señala que ante tales equívocos, la responsabilidad de evitar toda actividad sexual clandestina con un menor recae en el adulto.

Sin embargo, en la realidad, las niñas elegidas como compañeras sexuales, con frecuencia no son ni sexualmente atractivas ni seductoras en el sentido convencional. El estereotipo de la adolescente seductora es una creación tanto del develamiento tardío como del deseo dominante del adulto de definir el abuso sexual de un niño en los términos de un modelo que se aproxime al comportamiento lógico de los mayores. (...)

La realidad predominante para la mayoría de las víctimas de abuso sexual es que no se trata de experiencias que ocurren en las calles o en las escuelas, ni de una vulnerabilidad a los puntos de ciertas tentaciones edípicas sino que más bien consisten en la intrusión progresiva, insidiosa y sin precedentes de

actos sexuales llevados a cabo por un adulto investido de poder en una relación unívoca víctima-victimario. El hecho de que con frecuencia el perpetrador forme parte de un vínculo de confianza y se encuentre en una posición afectuosa, sólo incrementa el desequilibrio de poder y el grado de desprotección en que se encuentra la menor. (...)

Al igual que las víctimas adultas de una violación, se espera que estas niñas se resistan utilizando la fuerza física, que griten pidiendo ayuda o que intenten escapar. En la mayor parte de los casos, las víctimas no hacen nada de esto.

La reacción normal es disimular, fingir que siguen durmiendo, cambiar la posición en la cama o cubrirse con las sábanas. Las más pequeñas no saben utilizar la fuerza para enfrentar amenazas que las desbordan. (...)

La desprotección inherente a los niños no encaja dentro del tan proclamado sentido del libre albedrío de los adultos. Para que una persona adulta se arriesgue a empatizar con la desprotección absoluta de la infancia necesita ser cuidadosamente guiado; hemos pasado años reprimiendo y tomando distancia de tal horror. La tendencia de los mayores es a despreciar la desprotección y a criticar a quienes se someten a las intimidaciones con facilidad. Se suele considerar a las víctimas como cómplices a menos de que se compruebe que el consentimiento se obtuvo mediante la utilización de la fuerza o de amenazas de violencia. Deberíamos recordar que una acción silenciosa o un gesto por parte de un progenitor reviste características coercitivas para un niño dependiente y que para una criatura, la amenaza de perder el amor o la seguridad familiar resulta más atemorizante que cualquier amenaza violenta."

En este apartado, Summit hace una acotación que es interesante para que los adultos testigos del relato de los niños tengan en cuenta: "Por lo general, cuanto más ilógica e increíble nos parezca la escena de iniciación a los adultos, mayor es la probabilidad de que la dólida descripción aportada por la víctima sea verídica.

Resulta engañoso a veces pensar que "un padre afectuoso no actuaría desde ningún punto de vista según cuenta la niña; aunque más no sea, resulta increíble que se arriesgue de una forma tan extravagante. Este análisis lógico contiene al menos dos suposiciones ingenuas: 1) que los acercamientos sexuales se hacen sobre una base racional y 2) que implican situaciones de riesgo para el adulto. Tener comportamientos sexuales con niños no constituye un gesto reflexivo de afecto, más bien se trata de una búsqueda compulsiva y desesperada de aceptación y sometimiento. Los riesgos de ser descubierto son mínimos, sobre todo si la niña es muy pequeña y mantiene un vínculo previo de autoridad y afecto. Los hombres que utilizan a los niños como parejas sexuales descubren rápidamente algo que sigue pareciendo increíble para los adultos menos impulsivos: las criaturas dependientes se encuentran en un estado de indefensión para resistirse o quejarse."

3. El atrapamiento y la acomodación

Al respecto dice Summit: "Cuando la niña se encuentra en un vínculo de dependencia, el acercamiento sexual no constituye un episodio que ocurre sólo una vez. El adulto puede sentirse atormentado por los remordimientos, la culpa, el temor y la determinación de no volverlo a hacer, pero la cualidad prohibida de la experiencia sumada a la facilidad con que ha conseguido consumarla, parecen ser invitaciones para la reiteración. Comienza a desarrollarse un modelo conductual compulsivo y adictivo que continúa hasta que la niña alcanza la autonomía o hasta que el develamiento y la prohibición forzada se imponen sobre el secreto.

La única posibilidad de detener el abuso es que la niña busque protección o que se produzca una intervención en forma inmediata. Si esto no sucede, la única alternativa saludable que le queda a la víctima es la de aprender a aceptar la situación y sobrevivir. No hay salida, ni existe ningún lugar a donde ir.

Un niño sano, normal y emocionalmente flexible aprenderá a acomodarse a la realidad del abuso sexual continuado. El desafío que debe enfrentar es no sólo el de acomodarse a los requerimientos sexuales cada vez más intrusivos sino también a la mayor toma de conciencia acerca de la traición y de su transformación en un mero objeto por parte de una persona a la que habitualmente se la idealiza como una figura protectora, altruista y afectuosa. Muchas conductas rotuladas como patológicas en el funcionamiento psicológico de adolescentes y adultos, se originan en las reacciones naturales de un niño sano a un ambiente parental profundamente antinatural y enfermo.

La dependencia patológica, la tendencia al autocastigo, las automutilaciones, la reestructuración selectiva de la realidad y los trastornos de personalidad múltiple, para nombrar sólo a algunos, representan habitualmente vestigios de habilidades aprendidas dolorosamente en la infancia. (...)

La niña sumergida en la inermidad de la victimización continuada, debe aprender alguna forma de obtener la sensación de poder y control. A una criatura no le resulta sencillo conceptualizar que su progenitor es despiadado y egoísta; esa conclusión equivale a sumirse en el abandono y el aniquilamiento. La única opción aceptable resulta entonces creer que ella provocó estos dolorosos encuentros y tener la esperanza de que aprendiendo a ser buena, conseguirá ser amada y aceptada. La suposición desesperada de su responsabilidad junto con el fracaso inevitable para sentirse aliviada, constituyen las bases sobre las que asienta el odio a sí misma y lo que Shengold denomina una fractura vertical en la prueba de realidad. (...)

El padre abusivo brinda una demostración gráfica e instruye a la víctima acerca de cómo se es buena: la niña debe estar disponible para los requerimientos sexuales sin protestar. Siempre existe una promesa explícita o implícita de recompensa. Si la

niña es buena y mantiene el secreto, puede proteger a sus hermanas de los acercamientos sexuales ('Es bárbaro contar con vos para que me quieras, si no tendría que hacerlo con tu hermana más chica'), a la madre de la desintegración ('Si tu madre se entera puede llegar a morirse'), a su padre de la tentación ('Si no contara con vos, tendría que andar por los bares buscando mujeres') y, fundamentalmente, preservar la seguridad del hogar ('Si llegás a contar, me meterían preso y todos ustedes irían a un instituto').

En una clásica reversión de roles típica del maltrato infantil, se le confiere a la niña el poder de destruir a la familia y la responsabilidad de mantenerla unida. La niña, y no sus progenitores, es la que debe poner en juego su altruismo y su autocontrol para garantizar la supervivencia de los demás. (...)

No quedan dudas de que se produce una fractura inevitable en los valores morales convencionales. La máxima virtud consiste en mentir para mantener el secreto, mientras que el mayor pecado será decir la verdad. De esta manera, la niña victimizada parecería aceptar o buscar el contacto sin protestar. (...)

Si la niña no logra crear una economía psíquica para conciliar los continuos ultrajes, la intolerancia a la desprotección y los crecientes sentimientos de rabia buscarán expresarse de alguna forma. Por lo general, esto lleva a conductas autodestructivas y al refuerzo del odio a sí mismas, a la automutilación, a intentos suicidas, a actividades sexuales promiscuas y a reiteradas fugas del hogar. También puede aprender a sacar provecho de los privilegios, favores y recompensas que le puede ofrecer el padre, lo que en el proceso, refuerza la imagen autopunitiva de 'prostituta'. Puede pelear con ambos progenitores pero focaliza toda su rabia en la madre, a quien reclama haberla abandonado en las manos del padre. Supone que la madre está enterada del abuso y que, o no le preocupa o es totalmente ineficaz para intervenir. La etapa final de este mecanismo es creer que es un ser tan intrínsecamente corrupto que a nadie le preocupa cuidarla. El fracaso de la relación madre-hija refuerza la desconfianza que la adolescente siente con respecto a sí misma como mujer y la torna todavía más dependiente con la patética esperanza de ser aceptada y protegida por un hombre abusivo. (...)

Los varones victimizados presentan una tendencia más marcada a manifestar su rabia a través de comportamientos agresivos y antisociales. Se muestran más intolerante que las niñas con su propia desprotección y tienden a racionalizar que está utilizando la relación para su beneficio personal. (...)

El abuso de drogas es otra forma de escape para las víctimas de ambos géneros. (...)

Conviene reiterar que todos estos mecanismos de acomodación -el martirologio doméstico, la fractura de la realidad, los estados alterados de conciencia, los fenómenos histéricos, la delincuencia, la sociopatía, la proyección de la rabia y aún la automutilación- forman parte de las habilidades para la su-

pervivencia de la víctima.

4. El develamiento tardío, conflictivo y poco convincente

Continúa Summit: "La mayor parte de los casos de abuso sexual no se conocen jamás, al menos fuera del núcleo familiar. Los casos tratados, informados o investigados constituyen la excepción y no la norma. El develamiento se produce como consecuencia de un conflicto familiar abrumador, del descubrimiento accidental por una tercera persona o al alcance sensible y a la divulgación comunitaria a través de las agencias de protección de la infancia.

Cuando el factor que desencadena el develamiento es un conflicto familiar, habitualmente significa que el abuso sexual ha ocurrido durante años y se ha producido una ruptura en los mecanismos de acomodación. (...)

La joven suele permitirse revelar el secreto en una crisis de rabia después de alguna discusión familiar especialmente punitiva en la cual el padre ha hecho ostentación de su autoridad. La adolescente busca comprensión y desea la intervención en el momento en que tiene menos posibilidades de encontrarlas. Las autoridades están descolocadas debido al comportamiento delincuente y a la intensa furia rebelde que expresa la muchacha. (...) Se supone que inventa la historia para vengarse de los intentos paternos para imponer un control y una disciplina razonables. Cuanto más abusivo e irracional sea el castigo impuesto, mayor es la desconfianza que despierta lo que dice la jovencita. Se suele pensar que una muchacha es capaz de cualquier cosa para evitar las penitencias, es capaz aún de acusar a su padre falsamente."

Agrega que no importa el estado emocional en el que una adolescente devela una situación abusiva crónica. Tanto el descontrol afectivo como el control más estricto sirven para invalidar su relato: "Si la joven es una delincuente, hipersexual, contrasexual, suicida, histérica, psicótica o perfectamente adaptada, o si está furiosa, evitativa o serena; cualquier emoción que demuestre o cualquier mecanismo de adaptación que haya utilizado serán interpretados por los adultos de manera tal que invalide sus denuncias."

En lo que se refiere a las madres de las niñas y los niños victimizados, afirma: "Contrariamente a lo que habitualmente se cree, la mayoría de las madres no están al tanto de los abusos sexuales que ocurren en sus hogares. El matrimonio requiere un alto monto de confianza ciega y negación para subsistir. Ninguna mujer compromete su vida y su seguridad con un hombre que se muestre capaz desde el principio, de molestar sexualmente a sus propios hijos. Los detalles 'obvios' de la victimización cobran estas características sólo retrospectivamente. La suposición de que la madre 'debería haber sabido' equivale al reclamo de la niña de que la madre debe estar en contacto de manera intuitiva con un trastorno familiar invisible y, más aún, oculto con total deliberación. (...)

Las madres en estos triángulos incestuosos, desde su lugar de dependencia tanto de la aprobación

como de la generosidad de los padres, se ven confrontadas con dilemas fragmentadores del psiquismo del mismo estilo que los que enfrentan sus hijas. Una de dos: o la hija es mala y merece ser castigada o el padre es malo y castiga injustamente. Uno de los dos miente y no es digno de confianza. Gran parte de la seguridad, la adaptación social y del sentido adulto de autoestima de estas mujeres necesita del apoyo y la confiabilidad de sus parejas. El hecho de aceptar la opción alternativa representa la destrucción no sólo de la familia sino de una parte importante de sus propias identidades. (...) Existe una pequeña proporción de casos que son develados o descubiertos por las madres. Sin embargo, tan sólo un ínfimo porcentaje es informado a las agencias de protección de la infancia. Las madres optan por no creer o por negociar una solución dentro del núcleo familiar.

5. La retractación

Dice Summit acerca de este mecanismo que ocurre con tanta frecuencia y es utilizado para convertir a la víctima en victimaria: "Una niña es capaz de decir cualquier afirmación que haya hecho sobre abuso sexual. Debajo de la rabia que motoriza el develamiento impulsivo, persiste la ambivalencia de la culpa y de la martirizante obligación de preservar a la familia. Frente a las caóticas consecuencias del develamiento, las niñas descubren que los temores y amenazas fundamentales que permitían mantener el secreto, son ciertas. Los padres las abandonan y las acusan de mentirosas. Las madres no les creen o se descompensan en cuadros de histeria o de furia descontrolada. Las familias se fragmentan y todos los hermanos son separados del hogar. Los padres se ven amenazados por la cárcel y la desgracia. Se responsabiliza a las niñas por haber provocado este descalabro y todos las tratan como si fueran monstruos. Se las interroga sobre los detalles más escabrosos y se las alienta a incriminar a sus progenitores, a la vez que nadie incomoda a estos hombres que permanecen en sus hogares en la seguridad de sus familias. Las jóvenes son ubicadas en hogares sustitutos o en instituciones sin que se les brinde demasiadas esperanzas de regresar a sus casas. (...)"

Una vez más, las niñas son responsables tanto de preservar como de destruir a sus familias. La inversión de roles continúa cuando se sugiere que la alternativa 'mala' consiste en decir la verdad y la opción 'buena' la de capitular y mentir para el bien de la familia. A menos que se brinde especial apoyo a las niñas y se produzca una intervención inmediata para obtener la admisión de responsabilidad por parte de los padres, las víctimas proseguirán la evolución 'normal' y se retractarán. (...)

Esta sencilla mentira resulta mucho más creíble que las denuncias explícitas de acercamientos incestuosos. Confirma las expectativas adultas de que las niñas no son de fiar. Restablece el precario equilibrio familiar. Las niñas aprenden a no quejarse. Los adultos, a no escuchar. Y las autoridades, a no creer en las jóvenes rebeldes que utilizan su poder sexual para destruir a los padres bien intencionados."